

existentes. El autor recorría todas las fases de la acusación, y concluía que el procedimiento había sido regular y la condenación bien aplicada. «El senado, decía, al juzgar que Jesucristo había profanado el nombre de Dios, usurpándole para sí mismo, simple ciudadano, le hace la aplicación de la ley sobre la blasfemia y de la ley cap. 13 del Deuteronomio, según las cuales todo profeta, aun el que obra milagros, debe ser castigado cuando habla de un Dios desconocido á los hebreos ó á sus padres.» Y la prensa revolucionaria, viendo atacar los fundamentos de la Religión cristiana, aplaudió la apología del deicidio.

«¿Qué!, preguntó el elocuente obispo de Chartres, contar todos los golpes que se han dado á aquel en quien los cristianos ven un Dios, y decir á cada nueva señal de un furor bárbaro: *Esto está bien, no podía ejecutarse mejor la ley, ¿no es hacer á los discípulos de esta Religión el ultraje mas doloroso y sangriento? Combatir un dogma aislado de su fé es un error que los contrista; pero atacar públicamente el objeto directo y personal de sus adoraciones, ¿no es el olvido y la violación de sus derechos mas sagrados? ¿Dónde está, pues, la Carta? ¿Dónde la protección que ella asegura al cristianismo? ¿Sería permitido ir á decir á un hijo, profundamente convencido de la inocencia y sublimes virtudes de su padre cruelmente inmolado, que este había sido muerto legalmente? ¿Se miraría como protector de este hijo afligido á quien tuviese por bueno que se le obligase á oír la aprobación fría y metódica de un suplicio que le había arrancado lo mas querido que tenía en el mundo? ¿Pero qué! las relaciones de la criatura para con su Dios ¿no son mil veces mas tiernas y estrechas que las de un hijo para con el autor de sus dias? ¿Tiene, pues, la Carta algo de formal? ¿Puede decirse que apoya y favorece la Reli-*

gion de los cristianos, si permite que se llene su alma de un dolor inexplicable viendo ultrajado lo mas santo é íntimo que tiene su fé? Esta Religión es sin embargo la del Estado, es decir, que es la creencia pública, auténticamente confesada; además se profesa realmente por casi la universalidad de los franceses. ¿No es, pues, ofender y herir en el corazón á la nación entera el arrastrar aun á su Dios ante el tribunal de los hombres y cubrirle allí con una nueva ignominia?»

A la defensa en favor de los verdugos opuso Dupin el mayor, por medio de la prensa (1), una refutación en que establece que Jesús, aun considerado como simple ciudadano, no fué juzgado con arreglo á las leyes, ni con arreglo á las formas existentes. «Dios, en sus eternos designios, pudo, dice, permitir que el Justo sucumbiese bajo la malicia de los hombres; pero quiso al menos que esto fuese ofendiendo todas las leyes, violando todas las reglas establecidas, á fin de que el desprecio absoluto de las formas quedase como primer indicio de la violación del derecho... Yo diría á los mismos paganos: Vosotros que habeis ensalzado la muerte de Sócrates, ¿cómo no admirais la de Jesús? Censores del Arcópagos, ¿cómo podriais pretender excusar á la Sinagoga y justificar al Pretorio? La filosofía no ha vacilado en proclamarlo y se debe repetir con ella: «Si por cierto; si la vida y muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.»

Mientras que el judío Salvador atacaba al mismo Cristo, el abogado Cremieux, judío como Salvador, atacó al sacerdocio. La cuestión del matrimonio civil de los sacerdotes, promovida con motivo del apóstata Dumontel, ocupaba con escándalo á los tribunales: Cre-

(1) *Gaceta de los tribunales*, diciembre 1828.

LOCUM SEPULTURAE ELEGIT,
LEO XII,
HUMILIS CLIENS, HAEREDUM TANTI NOMINIS
MINIMUS. (1).

Las previsiones de Leon XII eran justas. La enfermedad que le había atacado en los primeros dias de su pontificado (2), le atacó de nuevo en 6 de febrero. El 9, como se aumentase el peligro, él mismo pidió el santo Viático (3). Poco despues, quiso recibir la Estremaunción y respondió con piedad y valor á las oraciones acostumbradas. El cardenal Castiglioni, penitenciario mayor, entró en la cámara del agosto enfermo, y le asistió en cumplimiento de los deberes de su cargo. En la noche del mismo dia, Leon XII, que había siempre gozado de su presencia de espíritu, entró en un profundo letargo. Despues de una larga y tranquila agonía, exhaló el último suspiro el 10 á las nueve y cuarto de la mañana. Había gobernado la Iglesia por espacio de cinco años cuatro meses y doce dias.

El 12, despues de haber sido embalsamado el cuerpo y revestido con la sotana blanca, fué espuesto en la capilla de Sixto IV, en el Vaticano, desde donde se le trasladó procesionalmente, en la mañana siguiente, 13, á la Basílica de San Pedro. Las entrañas se depositaron en una urna, y se condujeron,

(1) En castellano es como sigue:

AQUÍ,
CERCA DE LAS SAGRADAS CENIZAS
DE
LEON MAGNO
ELEGÍ EL LUGAR DE MI SEPULTURA,
IMPLORANDO CON INSTANCIA EL APOTO
DE MI CELESTIAL PATRONO,
PARA MÍ, SU HUMILDE CLIENTE
LEON XII,
EL MENOR
ENTRE LOS HEREDEROS DE TAN GRANDE NOMBRE.

(2) *Amigo de la Religión*, t. 59, p. 38.
(3) *Id.*, t. 53.

mieux pretendió en una disertación, que el celibato eclesiástico era contrario á las leyes y á la libertad; tesis que sostuvo una parte del foro, pero que para honor de la Francia no sancionaron los magistrados. La cuestión del matrimonio de los sacerdotes católicos decidida por un judío, era un rasgo característico del siglo XIX. Por lo demás, no era mas estravagante ver á este hijo de Moisés enseñar á los cristianos cómo debían entender la disciplina de la Iglesia, que ver al protestante Benjamin Constant hablar, como lo hacía, en favor de las libertades galicanas (4).

Al principio del mes de febrero de 1829, la salud de Leon XII parecía presagiarle aun muchos años de vida. Conversando familiarmente con algunos prelados de su casa, Testa, secretario para las cartas latinas, le manifestó su júbilo al ver su salud (2). «Os doy gracias, mi querido Testa, dijo el Pontífice: pero sabed que dentro de pocos dias ya no nos veremos.» Dirigiéndose despues al mayordomo, le entregó el anillo pontificio que los Papas acostumbran llevar. «Este anillo, le dijo, pertenece á la Cámara apostólica, y vosotros su depositario y custodio: yo os lo entrego.» Vacilando el mayordomo en recibirlo, añadió Leon XII: «Tomadle, podría estraviarse; no es uno siempre dueño de sí mismo cuando sobreviene un acontecimiento.» Él mismo había compuesto la siguiente inscripción, hallada sobre su mesa, la cual revela la piedad sincera y la humildad profunda del Pontífice, unidas al tacto y delicadeza del hombre de gusto:

LEONI MAGNO
PATRONO COELESTI
ME SUPPLEX COMMENDANS,
HIC APUD SACROS CINERES

(1) *Amigo de la Religión*, t. 58, p. 52.
(2) *Id.*, t. 59, p. 38.

según la antigua costumbre, á la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio. Los restos mortales de Leon XII se espusieron de tal suerte, que el pueblo pudiese aproximarse á ellos, y muchos fieles fueron á besar los pies del Pontífice. El 14 se comenzó el acostumbrado novenario de sufragios. Retirado el féretro de Pio VII del lugar que ocupaba, para bajarlo á las bóvedas del Vaticano, hasta que el escultor Thorwaldsen terminara su mausoleo, los cardenales de la creación de Leon XII se reunieron para darle sepultura (1), y el féretro de este Papa fué colocado en el lugar que dejaba vacante el de su predecesor. En las exequias celebradas el día 23, el ilustre prelado Mai pronunció el elogio del Pontífice, que lloraba la Iglesia: el rey de Baviera asistió á esta ceremonia (2).

En todas partes se recibió con dolor la noticia de un acontecimiento tan triste. En Suiza el gobierno de Friburgo espidió un decreto, prohibiendo las fiestas durante el resto del carnaval (3). En Francia consignó el gobierno este elogio oficial en el *Monitor*: «La pérdida de un Soberano Pontífice tan ilustrado, tan piadoso y moderado, es una verdadera calamidad para la cristiandad. La Francia, mas aun que cualquiera otro Estado católico, debe deplorar el fin prematuro de Leon XII, que tenia hacia ella un afecto particular, así como una justa y entera confianza en las virtudes y religiosidad de su rey. Su alta sabiduría ostentaba en todos los negocios un espíritu de conciliación y de paz; apreciaba los tiempos y las circunstancias; supo mantener la unidad en ambos mundos, velando con una solicitud infatigable por el

(1) *Amigo de la Religión*, t. 59, p. 86.
(2) *Ib.*, t. 59, p. 121.
(3) *Ib.* p. 109.

gobierno de la Iglesia, y proveyendo á sus necesidades con celo y firmeza.»

Uniremos á este elogio el resumen de las grandes acciones de Leon XII, como Gefe de la Iglesia y como soberano del Estado pontificio. Celebró el jubileo, escitó el celo de los fieles para la reconstrucción de la iglesia de San Pablo, celebró convenios con diversos príncipes para el bien de la Religión, libertó los alrededores de Roma de los malhechores que los infestaban, hizo ejecutar grandes trabajos en Tivoli para preservar esta ciudad de los destrozos del Anio (1), dispuso reglamentos muy sábios sobre administración, justicia y comercio, y favoreció los establecimientos de caridad (2). «Pedid mucho á Dios por un hombre, cuya salud se halla en peligro todos los días,» decía á los que iban á visitarle. Edificó al mundo con su piedad, le asombró con su alta inteligencia, y se atrajo su admiración, mostrando, en una época de agitación y de turbulencias, esa sabiduría que impone respeto aun á los espíritus mas prevenidos (3).

La acción del Papado sobre la civilización es demasiado decisiva para que no resumamos de una manera especial lo que Leon XII hizo en obsequio de las artes y de las ciencias. Sabio el mismo, fué en todo tiempo el amigo de los sabios. Elevado al pontificado, animó á los jóvenes que cultivaban las ciencias, como también á los artistas, con premios y pensiones. No confirió los destinos mas importantes sino á hombres distinguidos por su saber y por su piedad. Apenas fué exaltado al trono pontificio, se apresuró á promulgar leyes, que deberían seguirse en lo sucesivo, y que se han seguido despues exactamente para el bien

(1) *Amigo de la Religión*, t. 65, p. 547.
(2) *Ib.*, t. 59, p. 54.
(3) *Ib.*, p. 38.

de la Religión y del Estado, en cuanto á la dirección que debía darse á los estudios. Él mismo visitó solemnemente la academia (el archi-gimnasio) de Roma y espuso en un discurso profundo y elocuente el nuevo plan de estudios. Visitó también muchas veces el seminario romano, los colegios Gregoriano y Urbano, la congregación de *Propaganda Fide*, y los demás establecimientos científicos, informándose siempre con solicitud de los progresos de los alumnos, y recompensando á los mas aplicados con elogios y regalos. Aumentó el sueldo de los profesores, dotó las bibliotecas y el Museo de historia natural con una cantidad anual considerable, enriqueció los depósitos literarios, sobre todo el del Vaticano, con un gran número de libros preciosos, y los museos recibieron de él muchos monumentos interesantes. Por su orden se emprendieron nuevas investigaciones en los manuscritos del Vaticano, lo que inspiró á uno de los sabios mas distinguidos de aquella época el dístico siguiente:

Marmora muta Pius reperit; nunc ecce loquentes
Audit Aristidem Hippolytumque Leo.

Restableció también la imprenta vaticana, para facilitar la publicación de las buenas obras. Repartió todos los sábios residentes en Roma en cinco colegios, los de teología, de jurisprudencia, de medicina, de filosofía y de filología. Colocó al frente de los estudios una congregación compuesta de los cardenales mas distinguidos y aumentó las rentas anuales de las academias romanas desde 40,000 á 45,000 ducados. Recomendó del mismo modo á los obispos de las provincias no omitiesen nada para el fomento de las ciencias en la extensión de sus diócesis: el breve orgánico de 25 de setiembre de 1825 les habia confiado la inspección y dirección de la enseñanza pública, y los maestros, antes de ser admitidos á ins-

truir la infancia, debían dar pruebas de capacidad en un examen, ante una comisión de eclesiásticos presidida por el obispo diocesano. También hizo todo lo que dependía de él, para asegurar perpétuamente profesores capaces y piadosos á la célebre universidad de Bolonia y á las otras menores del Estado romano. La educación de la juventud era sobre todo el objeto de su solicitud paternal; por eso mostró el mas vivo interés por el colegio Gregoriano, en el que se educaban los niños de la clase media, y por otro colegio especialmente destinado á la nobleza joven. Señaló rentas y dió profesores particulares á los jóvenes alemanes que iban á hacer sus estudios á Roma, y restableció el colegio de los Irlandeses. Por manera que si puede decirse que su pontificado fué corto, debe añadirse que él hizo mucho.

Carlos X, unido con Leon XII por vínculos estrechos y que habia recibido de él testimonios particulares de aprecio, de confianza y de afecto, quiso que en esta ocasión, se variase la costumbre ordinaria, y que su ministro de Negocios eclesiásticos, al notificar la muerte del Papa al episcopado francés, reclamase oraciones públicas por el descanso de su alma (1).

El señor de Quelen, arzobispo de Paris, recibió durante un viaje á Roma tales muestras de bondad de este Pontífice, cuya imagen habia quedado impresa en su corazón, que consagró á su memoria estas páginas demasiado tiernas y sublimes para ser relegadas al olvido.

«El Papa Leon XII acaba de morir! Un favor particular, y pudiera decirse casi milagroso, de la divina Providencia no solamente le habia elevado á la Catedra apostólica, sino que parecia haberle prometido también á la catolicidad para perpetuar mucho tiempo aun

(1) *Amigo de la Religión*, t. 59, p. 72.

en su persona los ilustres y santos ejemplos, dados por sus dos predecesores de feliz y venerable memoria. Menos debilitados por la edad, que por una enfermedad que pocos meses despues de su eleccion le puso al borde del sepulcro se habia sentido repentinamente reanimado por una virtud secreta, que nos complaciamos en mirar como el presagio de una longevidad, que los años ya tan llenos, aunque ¡ay! tan cortos, de su pontificado, anunciaban deber ser tan gloriosa y útil. Su celo y sus trabajos han revelado lo que podiamos esperar de ella; su fin prematuro nos entrega al dolor de haber visto repentinamente disiparse tantas esperanzas.

»Sin embargo, carísimos hermanos, por corta que haya sido la carrera de Leon XII, con todo ha vivido lo bastante para merecer los elogios magníficos que el espíritu de Dios dispensa al sumo sacerdote Simon, hijo de Onias. Por el uso generoso, y acaso algunas veces pródigo, de sus fuerzas renovadas y de su salud restablecida, sostuvo durante su vida la casa del Señor; y en los dias de su supremo sacerdocio, fortificó al templo y se empleó con todo su corazón en reparar sus ruinas: *Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.*

»En efecto, ¿no es él quien, por su celo en publicar el jubileo del Año santo, por sus cuidados en asegurar sus frutos, supo abrir con profundidad y sentar con solidez los fundamentos de este edificio espiritual, en cuya estructura somos todos llamados á entrar como piedras vivas y escogidas? *Templi etiam altitudo ab ipso fundata est.* ¿No hemos visto en su tiempo correr esas fuentes saludables que para tantas almas han fluído hasta en la vida eterna; esas bendiciones de la gracia que, difundidas por sus sagradas manos sobre la ciudad querida, se han distribuido despues

por sus órdenes con abundancia en las diócesis del orbe cristiano como otros tantos canales, de que él era sobre la tierra el manantial puro, y por decirlo así, el mar inagotable? *In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum, et quasi mare adimpleti sunt supra modum.* Así señaló los primeros años de su cargo pastoral: se consagró con una tierna solicitud á proveer á las necesidades mas apremiantes del pueblo de Dios, que era tambien el suyo; lo libró de la perdicion, tratándolo con amor, ofreciéndole medios multiplicados de santificacion y salud: *curavit genem suam, et liberavit eam a perditione.* Le estaba reservado abrir la puerta santa, ensanchar la entrada de la Casa de Dios, dilatar y llenar su atrio: *praevaluit amplificare civitatem et ingressum domus et atrii amplificavit.* Vosotros mismos, carísimos hermanos, habeis sido los testigos y el objeto de estas maravillas.

»Pero no basta esto; no seria haber terminado el elogio de nuestro venerable Pontífice, decir que fué entre nosotros el instrumento de las misericordias divinas, supuesto que á pesar de su activa y prudente fidelidad en dispensar los bienes del padre de familia, esta alabanza pertenece mas aun á su autoridad que á su persona. Continuaremos, pues, aplicándole las palabras del testo sagrado. Por la vivacidad de su fé, apareció como la estrella de la mañana en medio de las nubes; supo disipar todas las prevenciones que aqui abajo jamás dejan de asediar á la virtud mas sincera, sobre todo cuando es llamada á mandar á las pasiones de los hombres y á iluminar sus tinieblas; con su inalterable dulzura les hizo soportar y amar su luz como la del astro de la noche, que aun en su misma plenitud no fatiga á una vista débil y enferma: *quasi stella matutina in medio nebulae, et quasi*

luna plena in diebus suis lucet. Lleno de una moderacion intrépida y de una prudente firmeza, siempre pronto á ofrecer su mediacion pacífica y persuasiva, constantemente dispuesto á agotar todos los medios de conciliacion y de armonia, le hemos visto, en una época de la que hasta el recuerdo quiséramos perder, por una sábia longanimidad, por la sola influencia de sus consejos, prevenir funestas divisiones, remover los obstáculos que podian turbar una preciosa armonia, y mostrarse como el arco iris que brilla en el cielo y que anuncia el fin de las borrascas: *quasi arcus refulgens inter nebulas gloriae.* Sus piadosos y santos ejemplos han esparcido en el campo de la Iglesia la fragancia de Jesucristo como las rosas de la primavera, y su predileccion hácia la Francia nos le ha hecho tomar mas de una vez por uno de esos lirios que son orgullo de nuestras riberas y objeto de nuestro mas tierno amor: *quasi flos rosarum in diebus vernis, et quasi lilia quae sunt in transitu aquarum.* ¡Ay! carísimos hermanos ¿por qué hemos de vernos obligados á concluir tan pronto y á decir en fin que fué semejante á la llama que relumbra y desaparece y al perfume del incienso que se evapora? *quasi ignis effulgens, et quasi thus urdens in igne.*

»A tan poderosos motivos de un dolor ge-

neral, ¿nos será permitido, carísimos hermanos, añadir algunos que nos sean personales, y cuyo origen encontremos en el fondo de nuestro corazón? ¡Ah! ¿podriamos olvidar las bondades de que nos colmó este tierno padre, las dulces conferencias con que nos honró, la hospitalidad generosa que nos concedió, las muestras continuas de benevolencia y afecto que nos proligó, la última prenda sobre todo que recibimos de él, pocas semanas antes de su muerte, cuando despues de haber examinado la cuenta fiel que le dimos de toda nuestra conducta, en un momento difícil, nos hizo asegurar estaba muy contento y satisfecho de Nos? ¿Podriamos olvidar en fin, tantas gracias espirituales y temporales, como creemos deber á su bendicion? No, jamás se borrará de nuestra memoria este recuerdo; jamás le dejará perderse ó debilitarse nuestro corazón; nuestra vida es en lo sucesivo el término de nuestro reconocimiento. Hemos ya consignado los testimonios de este reconocimiento en las actas de nuestro obispado; la metrópoli de París los conserva religiosamente; la necesidad de espresarle nos impone el deber de renovarlos de nuevo hoy que somos el intérprete y órgano del dolor general.